

Raúl García Rinaldi, MD

1941-2021

En *Galenus* queremos rendir un pequeño homenaje al Dr. Raúl García Rinaldi reproduciendo una entrevista que nos brindó y que publicamos en febrero de 2012. En esa oportunidad –como hasta hace pocos días– él seguía disfrutando del trabajo que le apasionaba, en un momento de la vida en que muchos gozan de un retiro.

En esa entrevista destacaron su jovialidad, su entusiasmo y su sonrisa clara, igual a la que siempre le vimos desde la primera vez que coincidimos en 1991, cuando nos presentó el Dr. José A. Barceló, anesthesiólogo que compartió con él la sala de operaciones por cerca de una década, cuando Raúl regresó a trabajar a Puerto Rico.

Su legado queda vivo en los miles de personas que se beneficiaron con sus cirugías y tratamientos, en el trabajo de los muchos especialistas que él contribuyó a formar y a preparar durante sus numerosos años como cirujano; y continuará impactando con el apoyo que da la Fundación que lleva su nombre a muchos futuros médicos a través de la experiencia que puedan tener para explorar la posibilidad de estudiar Medicina.

Marco Villanueva-Meyer, MD
Editor

Raúl García Rinaldi, MD

“Tenemos que seguir aprendiendo y desarrollando”

Sobre el Dr. Raúl García Rinaldi se puede escribir mucho, como miembro de unas 40 asociaciones médicas, por haber publicado más de 200 artículos de investigación, por haber puesto el nombre de Puerto Rico en un lugar muy alto de la cirugía cardiovascular y, lo más importante, por haber ayudado a que miles de personas tengan una mejor calidad de vida. Además de su sencillez, siempre ha destacado en él su voluntad inquebrantable de trabajar y de seguir aprendiendo.

¿Dónde y por qué estudió Medicina?

Me gradué de la Escuela de Medicina de la Universidad de Puerto Rico. El porqué es una historia familiar. Mi mamá sufría del corazón, tenía una estenosis pulmonar, razón por la que le habían recomendado no tener hijos. Sin embargo, mis padres decidieron correr el riesgo. En la familia no había médicos y en mi libro de bebé decía “Llegó el médico”. En verdad, nunca consideré otra cosa que no fuera ser médico. No puedo pensar en retirarme o bajar el ritmo de trabajo, que son de 12 a 15 horas al día. Me encanta lo que hago, me apasiona estar resolviendo situaciones y pensando o buscando nuevas y mejores opciones para hacerlo. Me gusta mucho aprender y si para eso tengo que ir al último rincón del mundo, pues allá voy.



¿Cómo llegó a cirugía?

Volvemos a mi madre; ella había tenido varias cirugías debido a un problema intestinal, por lo que vivíamos en pánico pensando que se iba a morir el siguiente año. Por eso, las Navidades eran tristes en casa. Yo estaba en la escuela y pensaba cómo podía ser un buen médico para ayudarla. Cuando estaba en 9º grado, el Dr. Eugenio María de Hostos, nieto del prócer, quien era el cirujano que cuidaba a mi mamá, me llevó a ver una cirugía; yo ya sabía que quería ser médico y ahora quería ser cirujano, además de tener una gran afinidad por la cardiología.

Más tarde apareció en mi vida otra figura importante: el Dr. Luis Soltero Harrington, cirujano entrenado en Texas que trabajaba en el Hospital del Maestro y en la Escuela de Medicina. Cuando lo conocí, le pregunté si me invitaba a ver una operación del corazón. Así ocurrió y decidí que eso es lo que yo tenía que hacer. De allí surgió una gran amistad entre discípulo y maestro. Él hacía un esfuerzo grande por transmitirme lo que sabía y yo por aprender lo que él me enseñaba. El Dr. Luis Soltero era un hombre muy inteligente y sencillo, y muy bueno con los pacientes, a quienes veía con cariño y desprendimiento. Me transmitió cosas que no están en los currículos, por ejemplo, cómo conducirme, cómo desempeñarme en la escuela de Medicina, en la academia e, inclusive, socialmente.

Después, viajó a especializarse...

Sí, cuando terminé la Escuela de Medicina quería ir a Texas. Un día, al ver la foto del Dr. Michael DeBakey en la portada de la revista Time, dije: “Con él me quiero entrenar”. Pero al hacer mis arreglos para el internado, llené el papel equivocado y obtuve una plaza en Minnesota. Era un sitio excelente, con los mejores cirujanos, gente brillante, pero yo quería ver las cosas nuevas que se hacían en Houston. De todos modos, ya estaba hecho el compromiso y pasé un año en Minnesota y aprendí mucho.

¿Luego se trasladó a Houston?

Sí, busqué al Dr. DeBakey y le dije que no solo quería entrenarme en técnica quirúrgica, sino ser un cirujano completo, desarrollando todas mis destrezas y conocimientos. Él había diseñado un programa para que los cirujanos hicieran eso, así que se puso feliz con mi propuesta.

De allí en adelante fueron surgiendo oportunidades y abriéndose puertas. Pero nada fue gratis y no bastó con pedirlo; tuve que trabajar fuerte, pero eso me gustaba y lo disfruté. Cuando llegué a Houston, pensaba que yo era lo mejor, pero vi que, si yo trabajaba 18 horas, ellos trabajaban 20. Así que adopté su sistema de trabajo, que es lo que sigo haciendo hoy, como lo aprendí primero del Dr. Soltero y luego en Houston, organizándome para poder lograr ayudar a más personas. Tengo ahora un buen equipo con el que puedo hacer muchas cosas simultáneamente.

¿Cuántos años vivió en los Estados Unidos?

Fueron 24 años, los primeros 7 de entrenamiento y después en la facultad de Baylor y de la Universidad de Texas. Allí hicimos muchos trabajos de investigación. En un momento, el Dr. Soltero me preguntó si iba a regresar a Puerto Rico, pues el Departamento de Salud iba a hacernos una unidad cardiovascular en Bayamón. Como al final eso quedó en nada, seguí trabajando en Houston y me mudé al Memorial Southwest Hospital. Cuando llegué allí teníamos 35 operaciones de corazón al año, pero pronto pasamos a 600 cirugías cardíacas anuales.

Con tanto trabajo, ¿había tiempo o posibilidad de continuar aprendiendo?

Sí. En Europa estaban muy adelantados en reparar válvulas cardíacas y desarrollé una dinámica para aprender con ellos: íbamos a Europa o ellos venían a Houston. En esa época se hicieron contribuciones importantes a la cirugía, al desarrollo de instrumentos, hicimos películas científicas.

Tendimos puentes con el resto del mundo y vimos otras perspectivas diferentes. También tuve la suerte de que me apoyaron siempre para hacer investigación, inclusive cuando estaba en instituciones privadas.

¿Se mantuvo la relación con Puerto Rico?

Para ese entonces, yo ya tenía una oficina en Puerto Rico, venía cada seis semanas y eso era algo que apre-

ciaba mucho. Fui sintiendo cada vez más que me encantaba trabajar con los pacientes de Puerto Rico, sencillos y siempre tan agradecidos. En un momento noté que aquí había muchos pacientes que no se podían operar por variadas limitaciones, sobre todo de tipo económico.

Con la Cruz Azul de Puerto Rico desarrollamos el “Puente de la Esperanza” que permitió que 2,500 personas viajaran a operarse a Houston. Eran cirugías cardíacas y vasculares difíciles, problemas congénitos y de válvulas. Se desarrolló una infraestructura de puertorriqueños en Houston que apoyaba, recogían a los pacientes del aeropuerto y, además, logramos descuentos en hoteles y en los viajes.

¿Cuándo volvió a Puerto Rico?

La pasión de trabajar con Puerto Rico siguió y en 1991 tuve una oferta del Hospital Pavía para hacer un centro cardiovascular. Yo había aprendido que uno vale por lo que hace y por lo que logra. En 10 años en Pavía hicimos mucha producción científica y pusimos a Puerto Rico en el mapa de la cirugía.

Trajimos de Brasil al Dr. Batista, a quien considero un genio. En casos extremos, cuando había poco que hacer, él lograba salvar a 8 de 10 pacientes. Sus detractores decían que moría el 20% y que eso era mucho. Él era pionero en técnicas de cirugía del miocardio. Fuimos con todo el equipo quirúrgico a Brasil y él vino 7 veces a Puerto Rico. Es importante mantener el entusiasmo por ver y poder desarrollar cosas nuevas.

¿En qué momento decidió venir a Mayagüez?

Esa fue otra gran oportunidad. En el año 2001, el me invitaron a desarrollar un centro cardiovascular en Mayagüez. Vine y encontré un hospital casi vacío, pero al ver las salas de operaciones pensé: “Acá podemos tener impacto”. Era enero de 2001, volví a San Juan, renuncié, junté a mi familia y vinimos acá. Pocos días después, casualmente el 14 de febrero de 2001, estaba operando mi primer corazón en este hospital. Contamos inclusive con el apoyo del alcalde y de la población; las decisiones las toma gente con visión que cree en el proyecto y lo hacen de forma ejecutiva. Todos apoyaron y todo se hizo rápido; es la belleza de Mayagüez y de estar acá. Además, la facultad médica es muy buena y podemos trabajar tranquilos y bien. Disfruto el trabajo, llego temprano

y soy el último en salir. Tenemos un grupo de trabajo de la mayor calidad profesional, hay una lealtad inmensa, ellos mueren por mí y yo muero por ellos.

Importancia de la investigación

Ahora tenemos un grupo de trabajo a cargo de seis proyectos de investigación activos. Hay otro grupo para sala de operaciones y otro para cuidado intensivo. Cuando se hace algo bien, esto se suele reconocer, y así ocurre en la investigación.

Se empezó con un proyecto y los resultados consistentes y el trabajo correcto buscando la excelencia captaron la atención, nos buscaron de otros lados, de otros países y también del National Institute of Health (NIH).

Para algunos, la investigación no es importante; para mí es *muy importante*. El médico por excelencia debe ser investigador, tiene que escuchar, estar atento a las cosas nuevas, a los cambios y a la posibilidad de mejorar siempre. Así encontrará cómo atender mejor a sus pacientes. Muchas de las cosas que he diseñado se basan en ideas que se me ocurren porque estoy buscando cómo resolver algo de la mejor forma.

¿En la cirugía existen muchas rutinas?

Cada operación es un reto nuevo. Por ejemplo, recuerdo cuando me visitó el Dr. Benetti para informarme de la cirugía cardíaca sin bomba. Dudé, pero lo escuché y, luego de verlo, quedé fascinado. En ese caso, el intercambio con el Dr. Benetti, de Argentina, y su anestesiólogo, el Dr. Geffner, fue de un impacto y trascendencia muy grande. Así, acá establecimos la Escuela Nacional para cirugía sin bomba. Pusimos a Mayagüez en el mapa. Desarrollamos tal destreza que han venido profesores y gente importante de muchos lugares a entrenarse con nosotros. Y sin duda, nosotros también aprendemos siempre algo más.

¿Hacen la cirugía con el corazón latiendo?

Hacemos toda nuestra cirugía cardíaca con el corazón latiendo. Aprendimos eso de Benetti. El corazón no para; así hacemos todo, ponemos válvulas mitrales, identificamos la patología, le damos sangre al individuo por el seno coronario; funciona bien. No podemos seguir haciendo las cosas como las hacíamos hace 10 años. La cirugía *off pump* mejora los resultados, pero estos no es que sean mejores porque es *off pump*, sino porque el corazón no para de latir. Recuerdo que al Dr. DeBakey

le llegaban los pacientes más complicados del mundo e iba bien en sus resultados porque no paraba el corazón, esto es lo importante. Para los casos más complicados desarrollamos una técnica especial, los ponemos en la bomba, pero con el corazón latiendo y sin que pare.

¿Qué se ve en los corazones de los obesos?

En la anatomía del corazón no hay gran cambio, la grasa que rodea el corazón responde más a los factores genéticos y menos a la dieta. Lo que hay dentro de las coronarias, eso sí tiene relación con muchas cosas como la glicemia y la diabetes, que es un gran problema en Puerto Rico, donde tenemos una de las incidencias más alta del mundo, con todas sus consecuencias sobre las coronarias.

Es importante considerar también que la sobrevida ha aumentado. Ahora operamos todas las semanas a varias personas que están sobre los 80 años y que llegan con más factores de riesgo. Los adelantos nos han llevado a tratar a personas mucho más enfermas.

¿Cómo surgió la idea de crear la Fundación?

Esa es una de mis pasiones. Había visto algo parecido en Texas. En un principio, había cierto escepticismo y críticas acerca de trabajar apoyando a los jóvenes; se decía que no iban a venir en época de vacaciones y otras cosas parecidas. Al principio vino uno, luego fueron dos, y ahora son cientos.

Cuando estás convencido de que lo que haces está bien, ten paciencia, que al final se logra todo. Es una oportunidad que se les ofrece a muchos jóvenes y que los puede ayudar en su proceso de decisión. Tenemos también el apoyo de escuelas. Así identificamos a los muchachos más brillantes, que definen su vocación; las Escuelas de Medicina y todos se benefician con esto. Ya han pasado más de 1000 muchachos por el programa. Vienen con interés y salen bien motivados y van esparciendo el mensaje, resaltando la importancia de estudiar, de ser serios y disciplinados.

Yo no conozco a esa juventud irresponsable de la que hablan la gente y la prensa. Yo conozco muchachos brillantes, que están ávidos de que alguien les haga caso y los escuche. Me piden consejo y, cuando puedo, trato de decirles que sigan estudiando y que no permitan que nadie interfiera con sus sueños. 